

**MEMORIAS DEL ENCIERRO.
POLÍTICA DE LA ESCRITURA EN LA NARRATIVA DE MAURICIO
ROSENCOF¹**

Lockdown Memories. Politics of Writing in the Narrative of Mauricio Rosencof

Claudia Gutiérrez Olivares
Universidad de Chile, Santiago, Chile
clgutierrez@uchile.cl

Resumen

El siguiente texto indaga sobre la labor de memoria y su escritura en condiciones de cautiverio político. Se postula que el relato testimonial es portador de una política de la escritura no solo en función del logos denunciador que lo atraviesa, sino en virtud del juego de memorias que ella abre. Para ello, se sigue el movimiento narrativo del escritor uruguayo Mauricio Rosencof con el fin de examinar la problemática de lo que estimo ser la superposición de memorias en la experiencia de cautiverio que fue la suya, subrayando en particular la dimensión no solo política de una escritura cautiva, sino además la potencia poética de su escritura testimonial profundamente triste y bella a la vez.

Palabras clave: memoria, encierro, escritura, testimonio

Abstract

The following text inquires about memory's work and its writing in political captivity's conditions. It is postulated that the testimonial account is the bearer of a writing politics, not only in terms of the denouncing logos that crosses it, but also by virtue of the game of memories that it opens. To this effect, we follow the narrative movement of the Uruguayan writer Mauricio Rosencof in order to examine the problematic of what I consider to be the overlap of memories in his experience of captivity, emphasizing in particular not only the political dimension of a captive writing, but also the poetic power of his testimonial writing deeply sad and beautiful at the same time.

Keywords: memory, lockdown, writing, testimony

Fecha de Recepción: 06/05/2022 - *Fecha de Aceptación:* 21/07/2022

¹ Este trabajo forma parte del Proyecto Fondecyt Regular N° 1221175 "Filosofía y exilio. Reflexiones en torno a narraciones de pensadoras exiliadas a uno y otro lado del Atlántico".

La pregunta por el tiempo es una de las interrogantes que recorre subterráneamente muchas de las páginas de la obra de Jorge Luis Borges. Hablando de tiempo, bajo la pluma del escritor sucede que siempre el tiempo se enreda en asuntos sobre la memoria. “Conocí la memoria, escribe el poeta, esa moneda que no es nunca la misma [...] ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos” (150-151). Esta inconstancia de la memoria, esta humana condición de no definarnos como una subjetividad siempre memoriosa, el hecho de que siempre hay momentos de nuestra vida que se van hundiendo en el tiempo hasta desaparecer, hace emerger la cuestión del olvido como el reverso cierto de la memoria. En palabras de Borges “el olvido es una de las formas de la memoria” (207). Entonces, podríamos pensar que, la operación de “desolvidar”, es decir, el ejercicio expreso de la memoria como labor de rescate del pasado, como rememoración, parece ser una operación distinta, políticamente diversa, pero como veremos no por ello está exenta de poesía. Si el olvido es un recuerdo en potencia, si solo cabe recordar aquello que en algún momento bordeó las tierras del olvido, cabe preguntarse también por la operación inversa: si acaso el ejercicio del recordar, del traer al presente el pasado, puede a su vez engendrar olvidos, si acaso recordar sirve también para olvidar el presente.

Pero incluso olvidar puede pensarse como un recurso de la memoria. Nicole Loraux nos ilustra respecto de los “peligros de la rememoración” (25) en la Atenas del siglo V a.C., indicando así de qué manera el olvido podía ser una práctica. La interdicción de recordar tenía un sentido específico, toda vez que se pensaba como un recurso para la mantención de un cierto curso de la vida de los ciudadanos. Prohibición, en este caso, de recordar las desgracias y los momentos dolorosos de lo que significó la toma de Mileto para la historia de los atenienses. Olvidar aquí tiene el sentido de una contención de un dolor latente: olvidar para no volver a sufrir podríamos decir. Pero se trata de un olvido que no cede a aquella patología de la memoria: la amnesia. Se trata, dirá Loraux, de pensar en los “usos del olvido” (23).

No nos demoremos más y enunciemos que al hablar de memoria entramos a un terreno minado, poblado de recovecos, de “espejos rotos” como dice Borges, cuyos reflejos encandilan variados circuitos de historia y memoria, en los que se debaten las subjetividades memoriosas y las olvidadizas, y que se esparcen en ese amplio arco que va desde la historia oficial hasta la historia personal, desde los grandes relatos de la memoria hasta las pequeñas memorias. Este arco engendra a su vez un ingente circuito de posibles disputas. Las memorias en cuanto circuitos narrativos pueden entrar en tramas de colisión, en la medida que, en los relatos de memoria, encontramos de manera ineluctable narraciones subalternas, o “memorias eclipsadas” (Montealegre 2013), que no cuajan con los requerimientos de memoria oficiales.

La labor de memoria que me interesa aquí describir es aquella del encierro y la prisión política. Se trata del encierro como experiencia subjetiva, y no solo como categoría analítica, de ahí la relevancia del relato testimonial. En este sentido, es sin duda la narrativa testimonial la que mejor nos dice algo respecto del trabajo de memoria y de las maneras cómo esta se las arregla, en su inconstancia, para grabar su huella en el espíritu humano. En este sentido, las experiencias de encierro político, trátense de aquellas en los campos, celdas, centros de reclusión, subterráneos, estadios y un gigantesco etcétera, nos permiten un acceso a una dimensión muy precisa del encierro, una reclusión con límites espaciales, cuyos efectos impactan de forma abismal en las subjetividades que sufren esas experiencias. Pero los relatos de encierro político son tremendamente profusos. Pensemos en el revolucionario francés Augusto Blanqui quien pasó 35 años de su vida en prisión valiéndole el apodo de “L’enfermé”. El eterno revolucionario escribió en cautiverio *L’éternité par les astres* (2012), texto inspirador de filósofos como Loraux, Benjamín, Abensour, entre otros. Pensemos también en *Memorias del calabozo* (1987) de los uruguayos Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández Huidobro, en *Derecho a fuga* (2018) y *Frazadas del estadio nacional* (2003) del chileno Jorge Montealegre, *Tejas verdes* (2017) de Hernán Valdés, entre tantos otros miles de encierros que la narrativa testimonial nos ha legado, y que nos permiten pensar de manera incesante la relación temporal y espacial que subyace a todo cautiverio.

En lo que sigue, quisiera rescatar algunos trazos de la narrativa del uruguayo, escritor y ex militante tupamaro Mauricio Rosencof, e indagar la problemática de lo que estimo ser la superposición de memorias en la experiencia de cautiverio que fue la suya, subrayando en particular la dimensión no solo política de una escritura cautiva, sino además la potencia poética de su escritura testimonial profundamente triste y bella a la vez.

1. Política de la escritura o una poética cautiva

El relato testimonial es portador de una política de la escritura no solo en función del logos denunciador que la atraviesa, sino además en virtud del juego de memorias que ella abre. Porque la memoria nunca es lineal, ella pone en movimiento nexos “a menudo contradictorios” (Valdés 8). No solo las narrativas historiográficas producen socavones de sentido que la escritura testimonial intenta reescribir, y de algún modo, rescatar sentidos y cursos de una contrahistoria, sino también en las narrativas de la memoria se producen disonancias por la superposición de los grandes y pequeños relatos. En esta perspectiva, la labor escritural de muchos de los sobrevivientes de la reclusión política ha sido sin duda una prolongación, bajo otro formato claro está, de procesos de subjetivación política nutridos por la militancia de sus autores. Este vínculo entre política y

escritura es sin duda un asunto que reviste un interés filosófico destacado. Pensemos en Jacques Rancière y su libro *Le partage du sensible* (2000). Allí, el filósofo examina la relación entre política y escritura en el sentido de que las cuestiones políticas encuentran un terreno ejemplar en la vía de la escritura. Los enunciados literarios movilizan circuitos de sentidos que impactan en lo real, despejan senderos por donde se esparcen significaciones políticas. La escritura no solo trata de “regímenes de intensidad sensible” (62) sino además traduce formas de acción en el mundo, modelos de transformaciones políticas. Por ello, Rancière escribe: “El hombre es un animal político porque es un animal literario, que se deja apartar de su destino ‘natural’ por el poder de las palabras” (63).

En esta misma perspectiva, una proposición cercana es la que encontramos en Miguel Abensour en su texto “L’utopie des livres” (2008). El filósofo subraya aquí la intuición levinasiana según la cual el libro es portador de horizontes utópicos, esto es, que todo libro está atravesado por un horizonte infinitamente más profundo que su frontera de útil o cosa material, y, en esta medida, la impulsión utópica que habita el libro traduce un movimiento emancipador toda vez que allí se juega la “expresión imaginativa de un mundo nuevo” (Abensour 2010 11). En este sentido, y porque el hombre es un animal dotado de lenguaje, también es, a juicio de Lévinas, un sujeto en potencia de escritura. Pues, “Nuestro mundo –escribe Lévinas– reposa sobre textos y escrituras” (203). En esta perspectiva, Abensour propone una fecunda ontología del libro y propone pensarlo en términos de un “existencial” (2008 67), esto es, como una modalidad reveladora de nuestra existencia, insistiendo así sobre la mirada levinasiana que intenta pensar el libro como una morada de puertas abiertas, en donde anida la existencia de lo humano. Si el libro es un existencial, entonces este expresa una disposición propiamente humana, que en la huella de Aristóteles es pensada a propósito de la palabra como condición del animal que somos. En efecto, la sentencia aristotélica a propósito del hombre, ζῶον λόγον ἔχον (zoon logón échon) es decir y literalmente 'animal que tiene palabra', Lévinas la prolonga hasta el libro. De acuerdo con esto, si el humano es capaz de palabras, entonces es un ser en potencia de escritura, de libros. Y por ello, como escribe Abensour, “el ser dotado de lenguaje sería entonces un animal literario” (2010 9).

Esta extensión del lenguaje al libro puede recubrir territorios vastos en los que la literatura testimonial y, en particular, los relatos de encierro agudizan las relaciones existenciales entre lo humano y el mundo de cada época. En un sentido amplio, podremos decir que el relato testimonial constituye una nueva exigencia para el pensamiento, toda vez que el testimonio moviliza una narrativa abierta que contradice una y otra vez el relato histórico y oficial, produce historia (y no solo la reproduce), y en esta perspectiva la palabra encarcelada se impone claramente como un rechazo a la resignación (Gutiérrez 2018). En este horizonte es que

podemos pensar y leer la apuesta escritural del uruguayo Mauricio Rosencof y esbozar algunas escenas de su poética cautiva.

Ex militante del movimiento revolucionario Tupamaros en Uruguay, Mauricio Rosencof estuvo preso durante trece años entre 1972 y 1985. Él fue uno de los llamados “rehenes” de la dictadura militar, y junto con los otros dirigentes, entre ellos el ex presidente del Uruguay, José “Pepe” Mujica, vivieron encarcelados en condiciones infrahumanas. De prisión en prisión, relata Rosencof, los nueve rehenes recorrieron prácticamente todo el Uruguay. Los rehenes fueron encarcelados bajo un régimen de aislamiento severo con la finalidad expresa de volverlos locos. Según cuentan Rosencof y Fernández Huidobro en su libro *Memorias del calabozo* (1987), el general encargado del operativo del encarcelamiento les sentenció: “Ya que no pudimos matarlos cuando cayeron, los vamos a volver locos” (14). De los nueve rehenes, uno murió en la celda y dos de ellos se volvieron efectivamente locos. En una celda de dos metros cuadrados, bajo tierra, donde la única compañía era el silencio, los autores recuerdan que allí: “No hablaba nadie. No hablaba siquiera el oficial con la tropa, ni el cabo con los soldados. Había orden de no pronunciar palabra; todas las órdenes se daban por gestos” (14). En esta antesala a la locura, reino sin logos, reino de silencio y oscuridad, hambrientos y sedientos hasta llegar a reciclar su propia orina, Rosencof hizo de la escritura un método de resistencia.

La escritura en sus diversos formatos y expresiones constituía una práctica recurrente en la cárcel. Según relata Rosencof, en una semblanza de octubre del 2009 publicada en el periódico francés *Libération*, en la prisión “se escribieron poemas, tangos, novelas” (Thomas 2009a) y en el mismo periódico en diciembre 2009 insiste: “[...] no hay un solo prisionero que no haya dejado un poema, un escrito, un texto, una canción” (Thomas 2009b). En efecto, y como una manera de enfrentar la desolación del cautiverio, Rosencof escribió algunos textos en prisión y otros durante los años que siguieron a su liberación en 1985. En todos los casos, la prisión fue de alguna manera parte de una terrible “educación sentimental”, y todos sus libros están marcados por la experiencia del presidio. Este ejercicio escritural estuvo nutrido, en parte, y como veremos, por la redacción de cartas a su padre. Estas cartas son singulares pues ellas no solo no llegaron a destino, sino, además, sin papel ni lápiz estas cartas no pudieron ser escritas realmente, se trataba de cartas imaginarias, escritas de memoria. Todas ellas fueron gestadas, imaginadas, bajo la capucha, como si esta hubiese sido un lugar propicio para abrir la puerta a los subterráneos de la memoria, para pensar en la infancia lejana, en el barrio, y así escribir unas cartas que jamás llegaron. Es esto lo que relata en su novela autobiográfica de 2014, titulada *Las cartas que no llegaron*. Todo sucede como si de alguna manera, en estas letras imaginadas, el prisionero encontrara una disposición liberadora respecto de lo real, una disposición utópica –para hablar

nuevamente con Abensour-, una práctica de resistencia ficcional, pero con efectos reales, en primer término, el de sobrevivir, e intentar, de alguna manera, olvidar. En efecto, y como recuerda el autor, en el calabozo y bajo la capucha él pensaba en su padre, en su infancia, en su madre, el barrio y la historia familiar: “Pues en situaciones límites, escribe Rosencof, uno siempre piensa en su infancia” (Thomas, 2009b). Sin papel ni lápiz, un diálogo epistolar es completamente posible, bajo la condición de tomar la ruta de la imaginación. *Las cartas que no llegaron* es un libro tremendamente singular, a medio camino entre el relato ficcional y la narración autobiográfica, el texto se abre sobre una trama de memorias múltiples y entrecruzadas. Como ejercicio de memoria, el autor articula dos circuitos narrativos de la memoria familiar. Por una parte, se narra la propia historia familiar, la de sus padres, judíos polacos escapados del nazismo y que llegaron a instalarse a Montevideo en 1932. Por otra parte, el libro relata escenas de su propia reclusión política en el penal de Libertad. Doble ejercicio de memoria, en la que una parece ser una impensable continuidad de la otra.

En este sentido, este texto es una impresionante historia que se despliega entre el gueto en Polonia y el calabozo en Uruguay. De alguna manera, en este libro Rosencof parece privilegiar el relato histórico por sobre el interés puramente literario cuando escribe: “Estoy narrando el comienzo de una historia, esto es historia, no literatura” (2014 71). Como si el narrador suspendiera su posición de escritor y asumiera entonces la situación del testigo, abriendo así la llave del cajón de la memoria.

Las cartas imaginadas bajo la capucha muestran el circuito de la memoria y las maneras enigmáticas en las que ella se revela. Rosencof recuerda que estando preso recibió una carta de su hija de nueve años, y al leer la carta que no había escapado a la censura militar, el prisionero asiste al despertar de su propia memoria de infancia. “La carta de mi hija, escribe Rosencof, tuvo para mí el sabor de la *madelaine* de Proust. Proust hizo una novela de su *madelaine*, yo hice mis *cartas* que nunca llegaron a partir de esas palabras de niña” (Thomas 2009b). Gracias al correo de la niña pensó en su propio padre, y comenzó así su epistolario imaginario: “Viejo, sin poderte escribir, solo pensar, pensarte [...] en estos dos metros y medio por uno, sarcófago horizontal, donde no entra nadie, ni el sol, aire jamás, solo la guardia para darte o dejarte la media ración de polenta donde enterraron las colillas de turno, los cigarros de la noche, de todas las noches, de estas cuatro mil seiscientos ochenta y cuatro noches, siempre noches, que habito por debajo de la superficie de la tierra [...] y pienso y te pienso y los pienso y te escribo estas líneas” (Rosencof 2014 69-70).

Más allá de una discusión entre literatura e historia, lo que me interesa aquí subrayar es el hecho que el animal literario del que habla Abensour puede tomar la

forma de un animal epistolar, como en Rosencof, quien escribe cartas a un destinatario ausente, tornado hacia un tiempo no solo pasado sino además en ese gesto, hacer el ejercicio, quizás, de suspensión de un presente agobiante. En esas cartas que no llegaron, se hace carne la idea de alguien como Derrida, quien en el libro *La tarjeta postal* sugiere que lo propio de una carta también consiste en no llegar a destino, como escribe el filósofo: “[...] una carta no *siempre* llega a su destino y, puesto que eso pertenece a su estructura, puede decirse que no llega nunca verdaderamente, que cuando llega, su poder-no-llegar la atormenta con una deriva interna” (517). En otras palabras, las cartas que no llegaron son “verdaderas” cartas pues ellas encarnan sustancialmente el hecho de que son la forma de una dedicatoria al otro, que se dirigen a alguien que está siempre ausente.

El animal epistolar tendría así una relación privilegiada con la memoria en la medida que su vínculo con el tiempo es su medio natural, un tiempo que se las arregla para montarse sobre un tiempo desolado, deshabitado de mundo, de personas y cosas, como si rememorar el pasado pusiera a distancia la crispación existencial de un presente infame. *Las cartas que no llegaron* trabajan en el registro de la memoria de manera que ellas liberan lo real de su petrificación de sentido, ya que ellas parecen poner en marcha un proceso de desafección de lo real con el fin de acceder a un tiempo nuevo, un tiempo dentro del tiempo, un entretiem po habitado por un recuerdo pasado, pero intensamente vivido en un nuevo presente, afectivamente nuevo, pero históricamente viejo. La escritura epistolar parece ser la puerta de acceso a otra temporalidad, una que marca, en todo caso, el desapego del tiempo del orden establecido, del tiempo del reloj, del calabozo, del hambre y la capucha, y así acoger un pasado que no cesa de rondar la existencia del prisionero, de su vida quebrada en el fondo oscuro y silente del calabozo.

2. La capucha

La escritura carcelaria parece disponer de una dimensión liberadora en la medida en que ella traduce también una impulsión a romper el encadenamiento más brutal, el hecho de estar clavado a un presente tortuoso. Maniatado y bajo la capucha, el prisionero experimenta un estremecimiento temporal, una intensificación de la vida en los márgenes de lo vivible. En este sentido, cabe pensar en el despliegue de una topología temporal, y observar de qué manera los tiempos entreverados suponen asentamientos diferenciados, lugares donde el tiempo se expande y se retrae. El tiempo de calabozo, el tiempo de las cartas, y en particular el tiempo de la capucha. Se trata sin duda de un tejido temporal complejo el de la subjetividad, en el que las memorias, los pequeños y grandes circuitos de memoria, recubren planos existenciales diversos, pero no obstante

profundamente ligados entre ellos. Podemos pensar con Arfuch este despliegue como un “arco existencial” (27) que recubre espacio-temporalidades de variada raigambre, pero que en su conjunto describen la secuencia de una vida, en este caso cautiva.

La capucha es un lugar de espacio-temporalidad relevante en los relatos testimoniales. La relación del prisionero con ella tiene muchas veces una impronta difícil de asir. De objeto de tortura y represión, puede convertirse, contra toda lógica, en una compañera, en un objeto querido, en una pasarela para otras resistencias y mundos, en un objeto de memoria singular. En *Memorias del calabozo*, Rosencof recuerda, no sin un sorprendente humor, que la capucha era un objeto “polifuncional”, esto es, una cosa pero con muchas capas de sentido, que por cierto tortura y hace daño, pero que también y extrañamente puede ser un último refugio para la vida. “Capucha que se convirtió en polifuncional. La cuidábamos, la dábamos vuelta, la sacudíamos, la oreábamos. Yo la ponía doblada sobre el piso, para no sentir el frío del hormigón” (1987 18). Dentro de esta polifuncionalidad, el autor encontraba allí el espacio para recordar su propia vida, una especie de rincón para traer de vuelta su infancia, su familia y barrio, y, en particular, para imaginar las cartas a su padre. Todo pasa como si dentro de la desolación más grande, la memoria se las arreglara para saltar como un polizón dentro de otros juegos de memoria, dentro de otras vivencias; como si las memorias pasadas fueran un refugio, sirvieran para olvidar o suspender por un momento increíble un presente insoportable. Como si la actualización de un recuerdo, sirviera para olvidar un presente ominoso. La capucha funcionaba como un extraño refugio en donde el prisionero agazapaba su vida, acurrucando recuerdos, y en el caso de Rosencof, imaginando también las cartas para su padre.

De alguna manera la capucha cumplía la misma función que la frazada de Jorge Montealegre narrada en su libro *Frazadas del estadio nacional*. Se trata de objetos indeterminados, a medio camino entre la vida y la muerte, pero que en el contexto de muchos relatos testimoniales, parecen estar más cerca de la vida. Como la frazada de Montealegre, la capucha era cama, manta, asiento, escondite, saco de dormir, etc. De tanto vivir bajo la capucha, el prisionero termina por habitarla, por forjarse un mundo dentro del mundo. La frazada, escribe Montealegre “lo más nuestro” (2003 143).

Intentemos comprender esto último con la ayuda de Bachelard, el de *La poética del espacio*. En su poética de la imaginación, entendida como una fenomenología de las imágenes, el autor hace un ejercicio de *topo* análisis. Indaga, allí, toda suerte de lugares, rincones, esquinas, cajones, nidos, cofres, casas, armarios, conchas, etc. Todo rincón, estima Bachelard, “es el germen de una casa” (171). Este punto señala una cuestión crucial en los modos de existencia y su relación con lo que llamamos mundo. Contra una filosofía del estar arrojados en el

mundo, “metafísica de segunda posición” (37) dirá el autor, más bien se trata para Bachelard de pensar lo humano dispuesto en “la cuna de la casa”. En otras palabras, en el orden de la existencia, antes de salir al mundo, un movimiento de recogimiento es ontológicamente primero y en cuanto tal fundante para la comprensión de la existencia. Este recogimiento, forma de un habitar, se esclarece en función de un cúmulo de ricas imágenes que tienen que ver con figuras de enroscamiento, de pliegues sobre sí, a la manera de una concha, en cuya forma Bachelard sugiere leer una “ontogénesis de la vida”. Si bien es cierto, una casa, nuestra morada, parece ser un lugar de protección, de resguardo, la primera función de una casa es que ella es un lugar de sueños, en el sentido que ella en sus múltiples recovecos y cosas abre desde sí ventanas a la imaginación poética y a la remembranza, las que otorgan al humano una estabilidad existencial. Es en este sentido que todo rincón es el germen de una casa, puesto que todo habitar engendra otras habitaciones y otros tiempos. En otras palabras, la función del habitar puede ser transpuesta hacia otros lugares, otras cosas, más allá de la casa. Puede ser transpuesta hacia lugares impensados, aparentemente inhóspitos.

Y más decisivo aun, se trata de pensar que la imaginación engendra ensueños susceptibles de abordar las cosas más allá de ellas mismas, prolongando dirá el filósofo, “el ensueño de habitar lo inhabitable”. ¿No es una experiencia de este orden la que subyace en este paradójico vínculo del prisionero y la capucha? ¿No se convierte acaso la capucha, ese *topos* inhóspito, en una especie de rincón habitable? ¿No se torna habitable la capucha cuando el prisionero encuentra allí el delgado hilo de sus recuerdos que se resisten a morir, y en esa resistencia sin resignación se aboca a escribir unas cartas? La capucha ocupa un lugar relevante en la prosa de Rosencof, en particular en su libro *La caja de zapatos* del 2021. La capucha se torna habitable, se transforma en compañera fiel, que no abandona al prisionero, más bien parece acogerlo. Con conmovedoras palabras escribe Rosencof: “Pongo la capucha en la falda. La limpio, como haciéndole caricias. Es para hacernos amigos. Para que me trate bien. Me siento sobre ella porque interrumpe el frío del hormigón sin decir palabra. Me da como un calorcito. Vengo conviviendo, cohabitando con la capucha más años que con mi mujer” (2021 100). Esta transformación de lo inhóspito en algo habitable actualiza la intuición de Bachelard, quien piensa que habitar lo propio, vivir o morar un espacio, es un modo de ser fundante en la existencia humana –y no humana– anterior a la concepción del afuera, del “horizonte del mundo” en el cual la existencia encontraría su sentido. Se trata de un morar que no convoca ese imaginario de los grandes espacios y extensiones, con montañas y planicies por donde forjar nuestros periplos existenciales, sino más bien una forma de habitar *más acá del mundo*, retraído, agazapado, acurrucado en un *topos* cualquiera, pequeño y mínimo, incluso, podremos decir ahora, en una capucha. Esa capucha, dice el

escritor, que “trato con dulzura. Compañera” y que se pone “a ronronear” (2021 160). Es en este sentido que para Bachelard: “Acurrucarse pertenece a la fenomenología del verbo habitar. Solo habita con intensidad quien ha sabido acurrucarse” (30). Agazaparse bajo la capucha es sin duda una experiencia desoladora pues ella traduce la ausencia de un cierto mundo para el detenido, o al menos de un mundo quebrado, negado, en el que el prisionero Rosencof encuentra otras quimeras no para suplantar la ausencia de mundo, sino para intensificar el frágil hilo rojo que aún sostiene su vida, y que a través de la palabra imaginada puede convivir junto a otras memorias.

Si la memoria está hecha de olvidos como decía al comienzo de este escrito, estos pueden despertarse con simples gestos, cosas, fotos, olores, sonidos, cartas que se esperan y no llegan, con cosas que pueden ser impensadas. La “memoria de las cosas” (Gutiérrez 2022) puede sorprendernos. Por eso, la memoria es como un “rescoldo” (Catena 2005), dirá Rosencof, un pequeño viento es suficiente para que todo se encienda nuevamente. Y es por ello, recuerda el escritor, que bajo la capucha se ponía a pensar también en la caja de zapatos en la que su madre guardaba las fotos y cartas familiares, todo mezclado con la infancia, los amigos, la persecución política, la familia asesinada en los campos de exterminio nazi, los secretos de familia, etc. Metáfora de la memoria esta de la caja de zapatos, pues ella contiene la vida, la historia y los recuerdos, así como la potencia de una escritura por venir. “En mi caja de zapatos –escribe Rosencof– uno encuentra todo lo que uno olvida. Felizmente siempre yo olvido algo y de esta manera puedo escribir” (Vitta 2021).

Bibliografía

- Abensour, Miguel. *L'homme est un animal utopique*. Arles: Les éditions de la nuit, 2010.
- Abensour, Miguel. “L'utopie des livres”. Miguel Abensour et Anne Kupiec (dir.), *Emmanuel Lévinas. La question du livre*. France: IMEC, 2008. 67-87.
- Arfuch, Leonor. *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. México: FCE, 1997.
- Blanqui, Auguste. *L'éternité par les astres*. France: Les impressions nouvelles, 2012.
- Borges, Jorge Luis. *El Otro, El Mismo / Para Las Seis Cuerdas / Elogio De La Sombra*. Buenos Aires: Debolsillo, 2016.
- Catena, Alberto. “Entrevista con Mauricio Rosencof”. *Revista Teatro* (Uruguay), Año XXVI, Nº 80, 2005.
- http://www.teatrodelpueblo.org.ar/sobretudo/02_entrevistas/catena001.htm

- Derrida, Jacques. *La Carte Postale: De Socrate à Freud et au-delà*. Paris: Flammarion, 1980.
- Gutiérrez Olivares, Claudia. "La memoria de las cosas: relieve afectivo y profundidad temporal". Claudia Gutiérrez Olivares y Jorge Ulloa (editores), *La Filosofía eclipsada. Exigencias de la justicia, la memoria y las instituciones*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2022.
- Gutiérrez Olivares, Claudia. "Escribir para no morir: testimonio y escritura en la obra de Carlos Liscano". *Revista IDEA (USACH)*, 30 (2018): 1-10.
- Lévinas, Emmanuel. *Parole et silence et autres conférences inédites au Collège philosophique*. Paris: Grasset, 2009.
- Loraux, Nicole. "De l'amnistie et de son contraire". *Usages de l'oubli*. France: Seuil, 1988.
- Montealegre, Jorge. *Frazadas del estadio nacional*. Santiago de Chile: LOM, 2003.
- Montealegre, Jorge. *Derecho a fuga. Una extraña felicidad compartida*. Santiago: Editorial Asterión, 2018.
- Montealegre, Jorge. *Memorias eclipsadas. Duelo y resiliencia comunitaria en la prisión política*. Santiago: Editorial Asterión, 2013.
- Rancière, Jacques. *Le partage du sensible. Esthétique et politique*. Paris: La fabrique éditions, 2000.
- Rosencof, Mauricio. *Las cartas que no llegaron*. Alcalá: Alcalá grupo Editorial, 2014.
- Rosencof, Mauricio. *La caja de zapatos*. Madrid: Alfaguara, 2021.
- Rosencof, Mauricio y Fernández Huidobro, Eleuterio. *Memorias del calabozo, Tomos I-III*. Montevideo: TAE Tupac Amará Ediciones, 1987.
- Valdés, Hernán. *Tejas verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*. Chile: Taurus, 2017.
- Vitta, Alejandro de. "Mauricio Rosencof: La memoria tiene una particularidad y es que no tiene calendario, no tiene almanaque". *Grupo R Multimedia*. 14 de mayo de 2021. <https://www.grupormultimedia.com/mauricio-rosencof-la-memoria-tiene-una-particularidad-y-es-que-no-tiene-calendario-no-tiene-almanaque-id831842/>
- Thomas, Gérard. "Des armes aux urnes". *Libération*. 22 de octubre de 2009a. https://www.liberation.fr/planete/2009/10/22/des-armes-aux-urnes_589207/
- Thomas, Gérard. "Le facteur imaginaire". *Libération*. 17 de diciembre de 2009b. https://www.liberation.fr/livres/2009/12/17/le-facteur-imaginaire_599645/